

PATRIOTISMO Y NACIONALISMO

Por JOAQUÍN BLANCO ANDE

Patriotismo

El término patria, derivado etimológicamente del concepto *pater*, va asociado a la noción de padre. El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* —edición de 1970— da como primer acepción del término patria, la siguiente: «Nación propia nuestra, con la suma de cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras, que cautivan la amorosa adhesión de los patriotas», definiendo, a su vez, a éstos, como «las personas que tienen amor a su patria y procuran todo su bien».

Como puede observarse, la idea de patria, va unida a la de nación, de ahí que no deba extrañar que algunos nacionalistas en España, al amparo del concepto de las «nacionalidades», introducido en el artículo 2 de nuestra Constitución del año 1978, recaben para Cataluña, País Vasco, etc., consideradas como tales, en sus Estatutos respectivos, la condición de patria propia, lo cual, a nuestro modo de ver, es un auténtico disparate histórico.

Toda vez que el citado artículo 2 de nuestra vigente Carta Magna, determina taxativamente que España es una sola Nación, pues comienza diciendo: «La Nación española», (en singular, no en plural). En España, al existir una sola Nación, coexiste por lo tanto, una sola patria.

Del vocablo patria, se han emitido muchas definiciones, algunas con evidentes connotaciones etimológicas patria, como hemos dicho, deriva del

latín *pater*, como las que aportaron Nietzsche —la patria es la tierra y los hijos—, o Charles Maurras —la patria es un ser de la misma naturaleza, que nuestro padre y nuestra madre: la patria es lo que une por encima de lo que divide—. Otras, ligan el concepto de patria a las ideas de nación o pueblo, como las suministradas por Cánovas —la patria es la conciencia que cada nación posee de sí misma—, o Vázquez de Mella —la patria es la conciencia y sentimiento más o menos claro e intenso de esa comunidad moral e histórica, que en su grado máximo se llama nación—.

La idea de patria ha evolucionado a lo largo de siglos, de ahí la dificultad de dar una definición omnicomprensiva de todas las épocas. En la Atenas clásica, el patriotismo era un sentido de fidelidad cívico-religiosa a las tradiciones y las instituciones de la ciudad —Sócrates es ejecutado por antipatriota, esto es, por negar la divinidad a Palas Atenea, diosa de Atenas—. En Roma, el concepto de patria se confunde con la idea de fidelidad al Imperio, —existía un patriotismo único para todos los hombres del mundo civilizado—.

Se suele afirmar que los pueblos bárbaros, en tanto en cuanto que eran tribus nómadas, no llegaron a tener conciencia de adscripción a una patria concreta, toda vez que se movían con un sentido aterritorial, sustentado en un instinto de lealtad a la horda. Una vez conquistaron el Imperio Romano, fueron decantando un sentimiento de posesión territorial, en el que se vislumbra una tosca apreciación de la idea de patria.

En algunos países como Francia o Reino Unido, las voces de nación o patria, entrañan el mismo significado. En España, el término nación va asociado más a la idea de colectividad o pueblo, mientras que patria, se liga a una idea o expresión de sentimiento afectivo, que se decanta en muchos ciudadanos y que se materializa en el amor a la bandera, símbolo de la unidad del Estado.

A nivel de calle se suelen confundir o identificar los conceptos de nación, patria y país, es normal que esto acontezca. No se puede pedir que todo ciudadano, por el simple hecho de serlo, sea un experto en Ciencias Políticas o en Teoría del Estado.

Desde una óptica universitaria o académica, la diferencia fundamental entre aquellos términos, estriba en que; el primero, hace referencia más bien al conjunto de habitantes de un país regido por un mismo gobierno; el segundo se concreta en una especie de sentimiento afectivo respecto al espacio geográfico que nos vio nacer, y que se corresponde con la posesión de

cierta ciudadanía; el tercero puede considerarse como un vocablo aséptico, neutro, referido al territorio.

En resumen, la idea de nación se asocia con la de población, la de patria se vincula con la de la comunidad estatal, y la del país se liga a una entidad de carácter geográfico.

Resumiendo lo anteriormente explicitado, el vocablo patria se incardina tanto al hecho del nacimiento, como al del lugar donde éste ha tenido lugar. Así el *Diccionario de Cavarrubias* del año 1610, define la patria como «la tierra donde uno ha nacido», y el *Diccionario de Autoridades* del año 1734 reitera dicha idea al señalar que patria «es el lugar, ciudad o país en que se ha nacido». En ambos Diccionarios, el concepto de patria está desvinculado de la idea de sentimiento afectivo hacia el entorno geográfico que nos vio nacer.

Dada la ligazón de la idea de patria con la de Estado, la lealtad y fidelidad a la patria, se extiende, por ende, a la estructura que sirve de cobertura jurídica a aquel ente estatal. En suma, la idea de patria, lleva inherente un sentimiento de amor y fidelidad hacia la sociedad política donde nos incardinamos como ciudadanos. La máxima expresión del afecto hacia la Patria-Estado, se materializa en la entrega de la vida por ella durante un conflicto bélico.

El patriotismo, como idea y como sentimiento, viene siendo objeto de rechazo por algunos pensadores e ideologías:

- 1) A mediados del siglo XIX, en el Manifiesto Comunista del año 1848 de Marx-Engels, se sustenta la tesis de la apatridia del proletariado. Como si un obrero manual por el solo hecho de serlo, no tuviera —o no pudiera tener— apego a su patria.
- 2) El internacionalismo obrero supone, a su vez, una quiebra a la conciencia ciudadana de amor a una patria concreta, y en el intento de sustituir la idea de Estado-Patria por la de Internacional obrera, como la patria del proletario. Esto, la historia lo ha desmentido cuando, en las últimas guerras, los obreros de distintos países se han matado entre sí, echando por tierra la tesis de que los obreros-hermanos nunca lucharían entre ellos.
- 3) La concepción supranacional europea, en tanto en cuanto mitiga el ardor del sentimiento patriótico, o las doctrinas de carácter ecuménico o universalita, intentan saltar —o saltan— por encima de las fronteras nacionales.
- 4) El patriotismo localista o regionalista, toda vez que implica un soslayamiento de la «patria de todos», por la idea de la «patria de unos

cuantos»: esto es, se pretende hacer incompatible el amor al «terruño» con el amor al Estado-Patria, como si un ciudadano cualquiera no pudiese estimar simultáneamente a su provincia y a su Estado.

La interacción de los términos patriota y nacionalista es obvia, habida cuenta que todo ciudadano que ama a su patria es un nacionalista y viceversa. Ahora bien, se pueden descubrir matices entre ambos conceptos. El nacionalismo significa, según Horace B. Davis «preocupación por los intereses de una comunidad particular, mientras que el patriotismo puede significar esto, o bien preocupación por los intereses de un Estado particular. Ni el nacionalismo, ni el patriotismo, tienen por qué ser necesariamente agresivos, pero sí lo serán especialmente, si toman formas de jingoísmo o de chauvinismo, que se consideran viciosas» (1).

Nacionalismo y patriotismo, son sentimientos que van unidos. Por un lado, el patriotismo se vertebra a través del Estado. Por otro, la nación suscita adhesiones y afectos, cuyo máximo exponente es el patriotismo. No se puede entender el nacionalismo sin un ápice de sentimientos patrióticos, ni comprender un patriotismo que no se apoye en el Estado (2).

A juicio de José R. Recalde, «el nacionalismo no es otra cosa que una de las formas del patriotismo, la que surge como ideología de masas de una estructura social modernizada. La contraposición entre patriotismo, como amor a lo propio, y nacionalismo, como oposición a lo ajeno, prima indebidamente al primer concepto, y ataca, por excesiva generalización, al segundo» (3).

Según Fichte, «el amor a la patria, ha de condicionar la vida y actividad del Estado, en lo tocante a fijarle un fin más amplio que el que suele adscribirsele normalmente. El amor patrio ha de extender la esfera de competencia del ente estatal, más allá de la mera tutela de la paz interna, de la propiedad, de la libertad personal, de la vida y del bienestar de todos. Únicamente para este fin superior y para ningún otro, reúne el Estado un poder armado» (4).

El canto a la patria ha sido recogido a lo largo de las páginas de la Historia por la pluma de insignes pensadores. Sin carácter exhaustivo, recogemos

-
- (1) Davis, Horace B. *Nacionalismo y socialismo*. Edición Península, Barcelona, 1975, p. 9.
 - (2) Blanco Ande, Joaquín. *El Estado, la Nación, el Pueblo y la Patria*. Editorial San Martín, Madrid, 1985, p. 263.
 - (3) Recalde, José R. *La construcción de las naciones*. Editorial Siglo XXI, p. 141.
 - (4) Fichte, G. *Discursos a la nación alemana*. Editorial Taurus 1968, p. 149.

algunas de las más significativas. Decía Homero que «sólo un vaticinio es bueno: combatir por la patria». Para Tucídides, patria «es toda cosa, su misma naturaleza». A juicio de Platón, «no hemos nacido para nosotros, sino para nuestra patria». Ovidio afirmaba que «el amor a la patria es más fuerte que todas las razones del mundo». Séneca sentenciaba que «ninguno ama a su patria porque es grande, sino porque es suya». Maquiavelo señalaba que «ningún hombre de honor censurará a quien procure defender a su patria, de cualquier manera que la defienda». El propio Voltaire llegó a decir ¡Qué amada es la patria para todo corazón bien nacido! Napoleón puntualizó que «la primera virtud es la devoción a la patria». Por último, Lord Byron apostilló que «el que no ama a su patria no puede amar nada».

Desde la óptica de una eficaz política de defensa, el amor a la patria «es un sentimiento que ha de anidar generosamente en la masa de ciudadanos. Es un hecho constatado en numerosas guerras, que un soldado, no experimentado, pero que ame profundamente a su patria, se crece en el combate y es capaz de superar a su oponente más técnico, pero tibio y apático en el campo de batalla» (5). En este sentido, el Decreto de la Asamblea Legislativa francesa de 11 de julio de 1792, enfervorizó al pueblo francés con estas palabras: «Numerosas tropas avanzan hacia nuestras fronteras, todos los enemigos de la libertad se arman contra nuestra Constitución. Ciudadanos, la patria está en peligro». Un ejemplo histórico vale más que mil palabras. Dicha convocatoria patriótica hizo el milagro no sólo de levantar en masa al pueblo francés contra la invasión extranjera, sino también de contenerla, infligiendo los bisoños patriotas de la Revolución severas derrotas a tropas experimentadas, mandadas por prestigiosos generales.

Para concluir, es oportuno puntualizar «que en el español es detestable una hiperbolización del amor a la patria chica, en detrimento del interés superior del amor a la patria grande. Ese amor al terruño es laudable, en tanto en cuanto no se superpone, no obstaculiza, ni difumina el amor a la patria de todos. Esa obsesión localista es una consecuencia del plegamiento de España a finales del siglo XIX sobre sí misma; pero también revela egoísmo y desinterés por los demás compatriotas, cuando no falta de cosmopolitismo y visión pacata del mundo que nos toca vivir» (6).

En principio, el nostálgico amor a la patria pequeña, asociado a las indelebles huellas de la niñez, es un sentimiento romántico positivo; ahora bien, se trueca en mezquindad y pobreza, como reconoció el prestigioso

(5) Blanco Ande, Joaquín. *Op. cit.* p. 258.

(6) Blanco Ande, Joaquín. *Op. cit.* p. 264.

historiador Menéndez Pidal, «si las experiencias y las ideas generosas de la juventud no lo extienden a la patria grande, la patria a secas, como el amor patrio degenera también en una delimitación, si la mayor madurez del hombre no lo comparte con el de la patria universal, con el de todo el país del que recibe alguna benéfica inspiración de la vida superior» (7).

Nacionalismo

Nacionalismo en España

Comúnmente se tienen en España por conceptos idénticos, los de regionalismo, nacionalismo y separatismo. Dicha idea por simplista, es errónea, toda vez que cabe establecer las siguientes diferencias. El regionalismo español, lo entendemos como aquella postura de defensa del «Hecho diferencial» —primordialmente del catalán, vasco, gallego y en menor medida del valenciano y andaluz— así como de los idiomas periféricos preexistentes, y de la «forma de ser» de los habitantes de ciertos territorios españoles, tanto por lo que respecta a la cultura propia, como a la tutela de las viejas tradiciones e instituciones, etc...

En suma, el regionalismo es la idea política que concibe a España como Estado plural, no centralista, ni uniformista. El regionalismo, así concebido, no es ni separatista, ni secesionista, ama a España, de ahí que no pretenda romperla en mil pedazos, tiene simplemente una concepción no unitarista del Estado. Dicha idea se encuentra en el regionalismo gallego —Brañas, Murguía, Rosalía de Castro, Pondal, etc...; en el catalán Torrás i Bages, Prat de la Riva, Cambó, etc...—.

El nacionalismo, por el contrario, es un regionalismo con espíritu de revancha, con resentimiento, con auténtica obsesión centrifugista. No se contenta, en último término, con la idea del Estado plural, no uniformista, ni centralista. Se declara nación, —previo paso por la idea regional, que luego abandona por quedársele pequeña en sus aspiraciones— a fin de tener argumentación jurídica y política con la que poder racionalmente invocar su máxima aspiración: el Estado propio. Dicho nacionalismo lo encarnó, sobre todo, el fundador del PNV, Sabino Arana, inventor del término Euzkadi y de la *ikurriña* a quien los nacionalistas vascos reconocen como su «padre». Su nacionalismo destila odio hacia España, es por tanto independentista.

(7) Menéndez Pidal, R. *Los españoles en la historia*. Espasa Calpe, Madrid, 1971, pp. 144-145.

En sus escritos de «Vizcaya independiente», llegó a afirmar que los vizcaínos no eran españoles por su historia, sus leyes, sus instituciones, etc. Como ocurre en ocasiones a lo largo de la historia, una mentira repetida miles de veces termina por ser aceptada como una verdad, como es el caso del planteamiento sabiniano.

Una cosa es que los vascos no hayan sido, ni sean, castellanos y otra cosa bien distinta es que no hayan sido, ni sean, españoles. Su rotunda declaración, de que «el español-*maketo*-es nuestro moro, nuestro enemigo» sintetiza el odio fanático de aquél ex carlista bilbaíno, que colocó la mecha en su día del barril de pólvora en que se ha convertido la organización terrorista de ETA. Sus soflamas incitan al «tiro en la nuca»; por antiespañoles.

El separatismo constituye la actitud de aquellos nacionalistas a los que no les basta con el reconocimiento del «hecho diferencial», peculiaridad lingüística, el respeto de sus tradiciones y cultura... Los separatistas españoles, que es el caso que más nos debe preocupar, «quieren irse de España», fundamentalmente por su creencia de que el territorio donde han nacido y habitan no es España, caso de muchos vascos y catalanes.

Consideran que España les ha invadido y, por tanto, pretende hacer creer a los demás, que nuestras Fuerzas Armadas allí radicadas son un verdadero Ejército de ocupación. Rechazan la unidad de España por estimar que, históricamente, la unificación emprendida y lograda entre las coronas de Castilla y Aragón, por los Reyes Católicos, estaba apoyada en una simple unión personal, derivada del matrimonio y, en consecuencia, como tal contrato, fue una unión rescindible por la voluntad popular de cualquiera de las partes.

Olvidan —o quizá prefieran pretenderlo— los que así piensan, que en dicha unión, sólo tenían capacidad y legitimación, los Monarcas suscribientes, no sus pueblos respectivos, toda vez que entonces la soberanía era encarnada por aquéllos y no por sus súbditos. El pueblo accede a la condición de soberano con la Revolución Francesa, y no en los tiempos de Fernando e Isabel, cuando se impuso en toda Europa la Monarquía absoluta, y donde todos los habitantes eran súbditos, pero no ciudadanos.

Separatismo y nacionalismo, marchan de consuno. Todo nacionalista que se precie es separatista, no cabe duda; de lo contrario sería todo menos nacionalista. Lo que ocurre es que los nacionalistas se escinden, no por la meta final, que siempre es la misma: la independencia, sino por el método a seguir para obtenerla. Así coexisten en España nacionalistas que aspiran a

la independencia por vías pacíficas, caso de CIU, PNV, EE, etc. o por métodos violentos o terroristas, caso de ETA, o en su día Terra Lliure, hoy autodisuelta. Como los dos modelos nacionalistas tienen un mismo credo ideológico y un mismo origen, procuran desprestigiarse mutuamente siempre que las circunstancias lo permiten, salvo en época de elecciones, donde hay que atraer a los votantes del partido «hermano».

Así, por ejemplo, en el País Vasco, los dirigentes del PNV —partido que en el año 1959 sufragó los primeros gastos del local y personal que utilizó ETA, no lo olvidemos— llaman a los de ETA violentos, pero no se atreven a llamarlos por su verdadero nombre «terroristas», toda vez que sus centenares de asesinatos con «tiro en la nuca o con coche bomba», no tienen parangón criminal en todo el nacionalismo europeo, salvo el del IRA irlandés.

Pero tengamos siempre presente nosotros, los amantes de la unidad española, que dichos nacionalismos separatistas periféricos españoles, cualquiera que sea la diferencia de método que sigan, les une, siempre, una cosa: prescindir de España, concepto que por otra parte rehúsan utilizar, como si les quemase los labios, sustituyéndolo por el de «Estado español», con lo que dejan caer un mensaje subliminal, «estar a la fuerza en un Estado que no es el suyo», habida cuenta, insistimos en ello, que estos nacionalistas no se consideran ni se sienten españoles.

Y esto hay que entenderlo —por mucho que nos duela— y decirlo sin tapujos. Otra cosa es que dichos nacionalistas lleguen a convertir en realidad sus objetivos separatistas. No sólo a España, sino a la CEE, no les interesa lo más mínimo, y más en nuestro caso, un cambio de fronteras, con la creación de nuevos Estados en el sur de Europa, con todos los problemas que esto conlleva. Pensemos, sólo hipotéticamente, que España accediera a darles la independencia a los nacionalistas vascos. ¿Una vez obtenida, se iban a quedar tranquilos con 7.000 km² o por el contrario continuaría el terrorismo, para anexionarse Navarra, parte de Cantabria, La Rioja, etc?

En el caso de los nacionalistas radicales catalanes, por ejemplo, Ángel Colom, de Esquerra Republicana, declaró en rueda de prensa en Madrid —septiembre del año 1991— que la independencia de Cataluña debía comprender todo el actual territorio catalán, más el Rosellón francés, la Comunidad Valenciana, las islas Baleares y parte de Cerdeña, donde se habla catalán —Alghero—. ¿Se pueden decir hoy en día semejantes barbaridades? Indebidamente sí, en un sistema democrático como el nuestro o cualquier otro que se aprecie de serlo. Ese no es el problema, la

cuestión está en que a quién lo dice, no sólo no se le da por un «soñador», ni fantástico, sino que tiene cierta clientela segura en próximas elecciones.

Tipos de nacionalismo en Europa Occidental

El término nacionalismo es equívoco, no unívoco, toda vez que coexisten diversos tipos que no siempre coinciden en sus objetivos, actitudes y metas finales. Hay nacionalismos unitivos, como el americano de la segunda mitad del siglo XVIII, en las que trece ex colonias inglesas se rebelan contra la metrópoli, sentando las bases de lo que dos centurias después sería la única superpotencia mundial. En ese modelo había que incluir al nacionalismo español de principios del siglo XIX, que dará lugar a la gesta memorable de la guerra de Independencia de inequívoco signo patriótico y en la que el entonces primer Ejército el mundo saldría derrotado, por vez primera, por todo un pueblo alzado en armas.

Asimismo, son tipos de nacionalismo unitivos, los supuestos alemán e italiano de mediados del siglo pasado, donde la nación italiana por un lado —de la mano garibaldiana y el apoyo de Cavour— y la germana, por otro, —de la mano de Bismarck—, consiguen unificar lo que artificialmente estaba separado, esto es, la Nación y el Estado. La tesis manciniana, es decir de Pasquale Estanislao Mancini, rector de la Universidad de Turín, de que toda la nación demanda un Estado, o lo que es lo mismo, su teoría del Principio de las Nacionalidades, sentada en el año 1851, iba a fructificar años después en la praxis política de aquellos dos países de gran tradición histórica.

Sin embargo, al lado de aquel nacionalismo, que une y no rompe, se decanta otro tipo, cuya meta obsesiva es quebrar una unidad que está labrada por la historia, abstracción hecha en este caso, de los nacionalismos coloniales que pretenden recuperar la identidad y soberanía perdidas mediante una guerra en la que se impuso la metrópoli respectiva. Nos referimos, claro está, a los nacionalismos —no de origen colonial— y de tinte separatista. Ejemplos históricos y recientes en Europa no faltan. Veamos los más significativos. En Italia, símbolo en su día de la unidad del Imperio Romano, la patria de Maquiavelo, Dante, Petrarca, Miguel Ángel, Rafael, Leonardo, Tiziano, Verdi, Puccini y tantos otros, pese a que a principios de septiembre del año 1991, su ministro de Asuntos Exteriores, Gianni de Michelis, afirmó rotundamente que «las fronteras de nuestro país no se tocan», lo cierto es que los 280.000 germano-parlantes del Alto Adigio —territorio del Norte que no perteneció a Italia hasta el año 1919, y vinculado históricamente a

Austria— reivindican, bien su adscripción al vecino citado, o, al menos, mayores cotas de autonomía.

Alemania, uno de los países de mayor sentimiento unitario como pueblo y nación, y con una incuestionable identidad común de raza y lengua, no se libra de aquel «virus», como es el caso del pueblo serbio —100.000 personas de orígeneslavo que habitan en el *lând* de Brandeburgo— si bien éste limita sus reivindicaciones a aspectos puramente folclóricas: trajes tradicionales y fiestas ancestrales.

En el Reino Unido no todo está atado y bien atado, ni mucho menos unido, pese a su denominación actual. Aunque el frente autonomista escocés parece hallarse en estado de hibernación por efecto de una recuperación económica —su índice de desempleo es más bajo que la media británica— que ha debilitado las ansias independentistas, no es menos cierto, que en el Ulster, las pasadas conversaciones de pacificación, conocidas como Plan Brooke, han fracasado estrepitosamente merced a la radical oposición de los unionistas probritánicos.

En Holanda, la única minoría nacional, la de Frisia —integrada por unas 600.000 personas, de las que dos terceras partes hablan un idioma, a medio camino entre el alemán y el inglés— no parece plantear demasiados problemas al Gobierno Central. Su sentimiento nacionalista se concreta en el área lingüística y cultural, estando bien encauzado, habida cuenta que, desde el año 1937, el frisio se ha incardinado como enseñanza primaria obligatoria en el modelo educativo de la provincia.

En la culta Bélgica, con poco más de 30.000 km, se batien dos récords. Por un lado la suma de ministros del Gobierno Central, de las tres comunidades y dos regiones, la colocan a la cabeza del mundo, por poseer más altos dignatarios por kilómetros cuadrados y, de otro, es el más genuino representante del país de la sempiterna querella lingüística. Su federalismo e instituciones complejas pretende hacer frente al reto de preservar el equilibrio entre dos comunidades distanciadas por la historia y la cultura: Flandes, antaño pobre y dominada lingüísticamente por una burguesía que se vanagloriaba de expresarse en francés, constituye a la sazón la zona más próspera de los Países Bajos, mientras que la Valonia francófona vive de pasados recursos y añoranzas de tiempos mejores traídos por la pujanza del carbón y la siderurgia.

En España, desde finales del siglo XIX, se decantan nacionalismos periféricos, el catalán y el vasco, que si bien en la actualidad están encauzados mediante la batuta de dos Gobiernos moderados y pragmáticos,

como son los de CIU y PNV —en coalición en ocasiones con PSE-PSOE, o con EE y EA— no es menos cierto que, periódicamente, los líderes respectivos siembran la intranquilidad en el resto de España, con declaraciones marcadamente independentistas o de autodeterminación.

Lo insólito del planteamiento secesionista de los citados nacionalismos de nordeste y norte español tiene, a nuestro juicio, los siguientes agravantes:

- 1) La unidad de España como Estado moderno arranca desde la segunda mitad del siglo XV, constituyendo por tanto, una de las más antiguas de Europa al par que la de Francia, Inglaterra y Portugal. ¿Cómo se puede, pues, parangonar históricamente el supuesto vasco-catalán, con el de los países Bálticos, que sólo conocieron la independencia entre las dos Guerras Mundiales? ¿Cómo se puede buscar similitudes con el nacionalismo del Alto Adigio italiano, que siempre perteneció a Austria, hasta que en el año 1919 se adjudicó a Italia. Los independentistas vascos y catalanes pretenden asemejar sus reivindicaciones separatistas con los casos de Eslovenia y Croacia, sin pensar que éstas constituían parte del Imperio Austro-Húngaro hasta la Primera Guerra Mundial y como consecuencia de la derrota de los tres Imperios en aquella litis, Alemania, Austria y Turquía fueron desmembradas por el Tratado de Versalles, obligándoles a ceder territorios a otros países, que en el supuesto eslovano y croata se adjudicaron a Serbia para crear el Estado artificial y nuevo de Yugoslavia junto con Bosnia-Herzegovina, Montenegro, Macedonia, y las regiones de Kosovo y Volvodina.

Uno comprende, leyendo las páginas de la historia —cosa que algunos separatistas no hacen o lo que es peor, pretenden tergiversarla— que la mayoría de los españoles no deseamos la ruptura de la unidad española, tan trabajosamente lograda en su día por los Reyes Católicos y que eslovenos y croatas, que nunca formaron Estado con los serbios, pretendan independizarse de éstos, máxime cuando a la fuerza se les obligó a abandonar al Imperio Austro-Húngaro, y a unirse con el Estado que desató con el asesinato por pistoleros serbios, del futuro Emperador de dicho Imperio en el año 1914, en Sarajevo, el inicio de la Primera Guerra Mundial.

Aquella partición del Imperio Central europeo —como la de Alemania y Turquía— fue tan funesta y denigrante, que trajo consigo una Segunda Guerra Mundial. Unir artificialmente a los vencedores serbios —desencadenantes de la guerra— con los vencidos eslovenos y croatas, miembros del Imperio Austro-Húngaro, y víctimas del magnicidio serbio,

ha sido uno de los mayores errores cometidos por las potencias vencedoras en el año 1918, como la historia reciente nos lo confirma.

- 2) Cataluña y sus 6.000.000 de habitantes representa la región más industrializada y próspera de España, el País Vasco con poco más de 2.000.000 de habitantes, y unos 7.000 km² —menos extensa que la Comunidad autónoma de Madrid— ha bajado significativamente su «renta *per cápita*», desde que el terrorismo etarra ha espantado al inversor, aunque todavía sigue siendo pieza esencial en el mecanismo económico español. La hipotética separación de España de esas dos partes tan entrañables de nuestro territorio, redundaría, lógicamente, en perjuicio de todos y, en primer lugar, de los independentistas. La declaración reciente —septiembre de 1991— del ministro de Asuntos Exteriores, Fernández Ordóñez, acerca de las reivindicaciones catalano-vascas nos parece muy inteligente: «España pondría su veto para que Cataluña y País Vasco, como Estados independientes, formasen parte de la CEE y la OTAN».

Su seria advertencia a los líderes independentistas no cayó en saco roto, bajando aquellos el tono de sus reivindicaciones y, en concreto, Jordi Pujol, que el 11 de septiembre del año 1991 —día de la Diada catalana— declaró que Cataluña «es una nación y tiene derecho a la autodeterminación, al mismo tiempo que su Gobierno es partidario de ejercerlo dentro de la Constitución y rechazando la secesión». No entendemos semejante ambigüedad calculada. ¿Cómo se puede ejercer el derecho de autodeterminación —léase sin eufemismos, independencia— dentro de nuestra Carta Magna, si ésta no prevé semejante hipótesis? ¿Cómo se puede decir, consecuentemente, que se «rechaza la secesión», si antes se afirma que Cataluña tiene derecho a la autodeterminación?

Toda estrategia catalana y vasca «se han basado, hasta ahora, en confiar en que la unidad política europea diluya los Estados actuales y que sean las naciones y las regiones las unidades basadas de una futura «Europa de los Pueblos». La soberanía nacional —soberanía en todo caso relativa frente a Bruselas— se obtendría sin necesidad de plantear un proceso independentista» (8). El, a nuestro modo de ver, legítimo derecho croata a la secesión, ya estamos viendo los sufrimientos en pérdida de vidas humanas y materiales que le está irrogando en las actuales circunstancias. Esto es una cuestión que deben tener siempre

(8) Pastor, Carles... Los otros españoles (*El País*, pp. 11-19, 1991).

los independentistas bien presente. Ningún Estado, ningún gobierno, con un mínimo decoro político, va a facilitar las cosas para que su territorio se rompa.

Una lucha por la independencia no es un camino de rosas. ¿Merece la pena intentar marcharse a costa de muchos muertos y el descenso del nivel de vida que comporta toda guerra fratricida? El ejemplo báltico de concesión de la independencia, sin apenas sangre derramada, por parte de la extinta Unión Soviética, sólo se explica por varias razones:

- a) Los países Bálticos fueron anexionados por la fuerza en el año 1940 por la Unión Soviética, previo pacto con el III Reich.
- b) Dichos países, aunque por poco tiempo —período entre guerras mundiales— fueron independientes.
- c) La Unión Soviética ha dejado de ser una superpotencia y, lo que es peor, está en franca descomposición política y en bancarrota total, que le obliga a demandar alimentos y medicinas con que abastecerse para el duro invierno que se aproxima.
- d) Los dirigentes políticos de la Unión Soviética y en concreto, Gorbachov —que pasará a la Historia como el autor de la *perestroika* y democratización de la Unión Soviética, así como el artífice de la liquidación de la guerra fría y el Pacto de Varsovia— son conscientes que, tras la imagen siniestra del período estalinista, ya no es de recibo masacrar a los pueblos que en su día, por la fuerza de las armas, fueron anexionados y que ahora desean recuperar su libertad e independencia primigenias. Sólo estos extremos explican que el Ejército soviético, el *sóviet* supremo y los máximos líderes del Kremlin dieran —muy a su pesar— vía libre para la independencia lituana, estona y letona, declarando nulo el Acuerdo de Anexión del año 1940.
- e) La Unión Soviética, con más de 22.000.000 de km² —la sexta parte terrestre del planeta Tierra— continúa siendo, pese a la independencia de los países Bálticos, que sólo totalizan 170.889 km², el mayor Estado sin solución de continuidad, que jamás haya existido. Dichas repúblicas, demográficamente hablando, con sus 7.944.000 habitantes tampoco tienen un particular peso específico en el montante poblacional de la Unión Soviética.

Su situación estratégica de cara al mar Báltico, y su mayor nivel de vida respecto de la media ponderada de la Unión Soviética deben hacer su marcha más dolorosa, si cabe. Lo peor de la ruptura está en el precedente que se sienta de cara a las otras repúblicas que ya han declarado su deseo de independizarse de Moscú, como Ucrania, Bielorrusia, Armenia, Moldavia, etc.